

Fragmento de *Descendencia*, tercer libro de la trilogía *El poder del fuego*.

Cristina Montesa Andreu.

El fuego yacía ante ella, como si naciera del suelo, como si existiera para estar, nacer y permanecer allí. Sabía que si lo tocaba no se quemaría. De hecho, era consciente de que había surgido de sus propias manos. Sin embargo, no podía dar un paso hacia delante. Estaba totalmente petrificada.

Marcus la miraba como un perro hambriento. Se preguntaba, de nuevo, qué había hecho ella para merecer tanto odio por parte de su hermano. Ahora ya no sabía ni quién tenía ante sus ojos.

Edith caminó cautelosa. Percibió el cuerpo grande de Marcus, realmente era un dragón precioso. Tenía las escamas heridas por la pelea que acaban de protagonizar, no obstante, las pupilas le brillaban como dos diamantes. Tal vez era la rabia, que había consumido ya todo su cuerpo.

Alrededor no tenía nada, más que matojos secos. Recordó que había llegado allí por su propio pie, voluntariamente, sin preguntar a nadie, y, lo peor, sin avisar a nadie. Llevaba mucho tiempo siguiendo las órdenes de Kair, sus padres, Goulek... Quería, simplemente, plantar cara a la situación ella sola.

Ahora se arrepentía. A veces odiaba esa parte tan cabezona.

En pocos segundos, Marcus avanzó como un demonio hacia ella. Edith, sobrecogida, se movió hacia los lados, huyendo, pero la presencia de su hermano se encontraba a pocos centímetros de su cuerpo. Un simple movimiento mal realizado y perdería la poca ventaja que tenía. Se agachó esquivando un puñetazo, pero cuando notó, bajo la nuca, el ardor, supo que él quería jugar con ventaja.

Se revolvió, notando las heridas recién hechas vibrar. Sus pies se activaron sin que ella tuviera que mandar la orden. El instinto de supervivencia se hizo dueño de todo su ser y, anticipándose a sus pensamientos, se alzó en un salto que doblegó a su contrincante.

Si ella tenía el poder de ambos clanes, si era capaz de fijar sus ojos claros en cualquier objeto y hacerlo arder o consumirse, era capaz de propinarle una paliza al protagonista de todas sus pesadillas. Le dolía el corazón más que las heridas, no obstante, era el momento de actuar.

Miró a Marcus desde arriba, él se alzaba con la mano dispuesta a atacar, mientras que la otra le permitía impulsarse. Edith, casi relamiéndose, observó el cuello, intacto, al descubierto, y supo donde tenía que atacar.

Quien los estuviera viendo por un agujero se asustaría: dos dragones, enfurecidos, con ganas de matarse y el fuego ardiendo alrededor de ellos. Era, sin dudarlo, una escena que no invitaba a unirse.

Clavó las uñas en el cuello de Marcus tan pronto como pudo. Notó, a lo largo de las garras, como la sangre explotaba entre sus dedos y caía. Más el grito de Marcus. Un estruendoso aullido de lamento que sabía que se le iba a quedar en el alma toda la vida. Los ojos de la víctima casi se salían de sus órbitas, y Edith no pudo mantener la mirada fija.

‘Qué cobarde eres’, se repitió, una y otra vez.

No podía mirarle a los ojos, es cierto.

No obstante, el cuerpo que se doblaba entre sus manos no era otro que el de su hermano, aquel que le enseñó a ir en bicicleta, que le ayudaba con los exámenes del instituto... aquel que antaño, le protegía de todos los males.

Los aullidos de Marcus fueron acompañados por los de Edith.

El cielo se cerró tras ellos.

No había vuelta atrás.